

Mónica Brenes Montoya/Karen Masís Fernández/  
Laura Paniagua Arguedas/Carlos Sandoval García\*

## ⇒ **La Carpio: segregación urbana, inseguridad y estigmatización social en una comunidad binacional en Costa Rica\*\***

### **1. Introducción**

¿Cómo viven las y los habitantes de comunidades excluidas la experiencia de segregación urbana, inseguridad y estigmatización social? El proyecto del cual surgió este artículo se propone estudiar cómo se ha constituido un espacio de la ciudad y los significados que se asocian a éste por distintas instituciones y actores sociales. Se exploran los factores sociales, intersubjetivos y subjetivos asociados a la experiencia de vivir en la comunidad de La Carpio en San José, Costa Rica. La Carpio es la comunidad binacional más grande de Costa Rica y probablemente de Centroamérica, pues casi la mitad de las personas que allí habitan son costarricenses, un porcentaje similar proviene de Nicaragua y un pequeño número arribó procedente de otros países latinoamericanos

Entre noviembre de 2005 y abril de 2006, la comunidad fue invitada a escribir, dibujar o grabar sus experiencias de vida, a través del concurso “Tu historia cuenta... Nuestras vidas en Carpio”; al final del concurso se recibieron 415 trabajos. Este artículo analiza 151 redacciones y entrevistas, realizadas por niños, niñas, jóvenes y personas adultas del lugar. Además, discute experiencias e imágenes de inseguridad entre quienes habitan La Carpio. Ello implica reconocer las relaciones mutuamente constitutivas entre, por una

---

\* *Las autoras y el autor colaboran en el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad de Costa Rica y son editores del Nuestras vidas en Carpio. Aportes para una historia popular (2007). Mónica Brenes Montoya es egresada de la licenciatura en Psicología de la Universidad de Costa Rica, en la actualidad escribe su tesis sobre el significado del espacio entre niños y niñas de la comunidad de La Carpio. Karen Masís Fernández es licenciada en Sociología por la Universidad de Costa Rica y se desempeña allí como investigadora de tiempo parcial. Laura Paniagua Arguedas es licenciada en Sociología por la Universidad de Costa Rica, profesora de tiempo parcial y becaria del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). Carlos Sandoval García es doctor en Estudios Culturales por la Universidad de Birmingham, Inglaterra, y es coordinador de este proyecto; es autor de Otros amenazantes. Los nicaragüenses y la formación de identidades nacionales en Costa Rica (2002, traducido al inglés 2004). Colaboró en este documento Esteban Sánchez Solano.*

\*\* Este artículo forma parte del proyecto “La Carpio. La experiencia de segregación urbana y estigmatización social”, que se desarrolla en el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad de Costa Rica. El proyecto no hubiera sido posible sin el apoyo de la Universidad de Costa Rica, el Servicio Jesuita para Migrantes de Centroamérica, la Fundación Wenner-Gren para la investigación en antropología y, sobre todo, de la comunidad de La Carpio

parte, lo material y lo discursivo y, por la otra, entre ese entorno material y discursivo y la experiencia vivida en la comunidad misma.

Las referencias a inseguridad son un tema predominante en los trabajos; por lo tanto, el presente artículo hace énfasis en las vivencias y discursos de las personas con respecto a la (in)seguridad. Lo anterior no debe entenderse como una invisibilización de las luchas históricas y cotidianas, las contradicciones y fraccionamientos a lo interno de la comunidad, sino como una forma de analizar y aproximarse a una temática presente en los discursos tanto internos como externos a La Carpio.

Este artículo se divide en cinco apartados. Iniciamos con una descripción de La Carpio en perspectiva global. Segundo, presentamos algunas reflexiones en torno a los discursos que los medios de comunicación masiva producen y reproducen sobre la comunidad y cómo estas narrativas son contestadas por los vecinos y vecinas del lugar. Posteriormente, se presentan las experiencias de inseguridad que las personas de La Carpio plantearon en las redacciones y entrevistas, sobresaliendo aquellas vivencias relacionadas con las intervenciones policiales del año 2004. En el cuarto apartado, se reflexiona sobre las marcas subjetivas generadas de la interacción entre los discursos, las imágenes y las experiencias cotidianas alrededor del estigma que sufren la comunidad y las personas que viven en ella. Finalmente, se retoman los elementos centrales desarrollados en el artículo, y se hace énfasis en la importancia de contar con espacios comunitarios para recordar y validar lo vivido, y para resignificar las experiencias dolorosas de manera que se contribuya al reconocimiento comunal y a la reconstrucción de una memoria colectiva.

## 2. La Carpio en perspectiva global

La comunidad de La Carpio en San José (Costa Rica) expresa procesos de segregación y estigmatización que guardan semejanza con los que se pueden reconocer en otros países de América Latina, Norteamérica o Europa. Javier Auyero (2001: 19) y Alejandro Grimson (2005) en el caso de Argentina conceptualizan estos procesos como “criminalización de la pobreza” y “extranjerización de la pobreza”, respectivamente. También se dice que ciertas comunidades son racializadas (Murji/Solomos 2005: 7). Otros autores como Loic Wacquant (2000, 2001) y Mike Davis (2006:23) ha identificado tendencias similares en otros países, es decir, éste es un caso particular de una tendencia global.

La Carpio está situada en el distrito de La Uruca, al oeste de la provincia de San José; es una comunidad de aproximadamente 23 kilómetros cuadrados y para el año 2004 estaba poblada por unas 22.296 personas (Campos 2006: 4). Los terrenos donde se ubica La Carpio pertenecían a la Caja Costarricense de Seguro Social (CCSS), y fueron tomados entre 1993 y 1994; su nombre, Carpio, alude al apellido de uno de los organizadores de la toma de dichos terrenos.

Los orígenes de La Carpio se caracterizan por una historia de migraciones internas y externas. Hacia finales de la década de 1970 e inicios de la siguiente, América Latina experimenta una aguda crisis estructural que deteriora las condiciones de vida de amplios sectores de la población (Edelman 2005: 3). En Costa Rica, la tasa de desempleo y subempleo se duplicó, los precios se incrementaron en un 179 por ciento, el salario real cayó alrededor de un 40 por ciento y se considera que aproximadamente el 50 por ciento de la

población costarricense enfrentaba algún problema relacionado con la tenencia o el acceso a vivienda (Salas/Solano 1992: 33). Estas condiciones socioeconómicas del país tuvieron como consecuencia una importante migración de personas del campo a la ciudad.

A ello se suma la migración internacional procedente de Nicaragua, primero alentada por motivos políticos, como el servicio militar obligatorio, entre otros y, posteriormente, debido a las políticas neoliberales implementadas a partir de la década de 1990. Nicaragua es, después de Haití, el país más pobre de América Latina.

Durante los primeros años, los esfuerzos de la comunidad se concentraron en tener acceso a servicios básicos como agua, electricidad y educación. La instalación del servicio de agua y electricidad, así como la construcción de una escuela, muestran el potencial organizativo de la población, pues a pesar de los conflictos y contradicciones entre grupos y asociaciones, se desplegó un esfuerzo colectivo que transformó a la comunidad.

La geografía de la comunidad es una típica situación de segregación; está rodeada de factores físicos que le impiden el crecimiento y el vínculo con lugares colindantes. Se ubica en un área de alta pendiente, limitada por los márgenes del río Torres al sur y el río Virilla al norte, zonas muy vulnerables a deslizamientos e inundaciones. Un estudio reciente menciona que alrededor de la tercera parte de la población en La Carpio vive en zonas de gran vulnerabilidad debido a que las viviendas están situadas en laderas cercanas a los ríos o bajo tendido eléctrico de 250 mil voltios (MIVAH 2006: 42). Al este de la comunidad se encuentra la única salida que conecta a La Carpio con el resto de San José.

La carretera principal de La Carpio fue asfaltada para mejorar el paso de los camiones recolectores de basura que cruzan por la comunidad movilizand o una cantidad estimada de 400 toneladas de desechos sólidos cada día (Fonseca 2004: 32), para depositarlos en el Parque de Tecnología Ambiental que se ubica al oeste de la comunidad. Este depósito de basura es administrado por la empresa EBI, una subsidiaria del grupo empresarial canadiense Berthierville, el cual recibe los desechos sólidos del cantón de San José y parte de los desechos de la provincia de Alajuela (MIVAH 2006: 112). En términos generales, se estima que Costa Rica produce alrededor de 4.500 toneladas diarias de residuos sólidos domiciliarios (PEN 2006: 7), es decir, a La Carpio llega más del 15 por ciento de los desechos de todo el país.

La instalación del relleno sanitario en La Carpio se dio en el año 2000 en medio de disputas, ya que la decisión del gobierno generó posiciones encontradas entre vecinos, vecinas y organizaciones. Quienes se oponían, tanto desde la comunidad como de sectores aledaños, argumentaban que el relleno traería malos olores, tránsito de vehículos pesados, líquidos contaminantes, entre otros. Quienes estaban a favor apoyaron la propuesta en razón de la generación de empleos y, principalmente, ante las promesas del gobierno y de la empresa de realizar mejoras comunales (titulación de terrenos, arreglo de calles e infraestructura) por medio de un pago que la empresa EBI cancelaría por cada tonelada de basura que ingresara a la comunidad.

El año 2004 fue particularmente difícil para la comunidad de La Carpio. El 22 de enero, un hombre irrumpió en la casa de su ex compañera, asesinó a tres hijos de ambos, hirió a la mujer y a un hermano de ésta, y luego se suicidó. Días después, el 30 de enero, el Ministerio de Seguridad Pública realizó una redada a las seis de la mañana, en la cual detuvo a unas 600 personas que se dirigían a sus trabajos. De acuerdo con la Dirección General de Migración y Extranjería, la redada tenía como finalidad verificar la condición migratoria de la población inmigrante. Varias de las personas detenidas interpusieron un

recurso de hábeas corpus que fue fallado favorablemente por la Sala Constitucional (Res. 2004-02955). El 30 de mayo, la policía lanzó bombas lacrimógenas para dispersar el bloqueo de la única vía de acceso a La Carpio, realizado por el incumplimiento de compromisos de la empresa EBI. Una semana después la policía detuvo a casi dos docenas de personas, presuntamente involucradas en las protestas. Se les dictó prisión preventiva por seis meses, pese a que algunas no estuvieron en la comunidad el día de las protestas.

### 3. Medios que fabrican miedos

En las últimas décadas se ha observado que los discursos que enfatizan la inseguridad han sido estimulados por los medios de comunicación, sobre todo por la llamada televisión tabloide (Langer 1998; Glynn 2000), en conjunto con las entidades encargadas de la seguridad pública, instituciones que se ven beneficiadas por esta imagen. Los primeros aumentan sus índices de audiencia, ya que el miedo y la inseguridad se han convertido en producto mercantil; mientras que las segundas, fortalecen la legitimidad del poder del Estado. Robinson (2003: 314; 2004: 158) anota que en la actualidad el Estado se enfrenta a una crisis de legitimidad de su autoridad y los recursos dirigidos para mitigar dicha crisis se han orientado al uso de la fuerza; el Estado benefactor tiende a convertirse en un Estado policíaco de control social caracterizado por fuerzas de seguridad privadas, encarcelación creciente, segregación urbana, entre otras medidas, pero, además, considera a la inseguridad como el mayor problema y la convierte en el modo de aproximarse al análisis de la sociedad. Existe un vínculo recíproco entre la información que aparece en los medios de comunicación, la cultura del miedo intensificada por dicha información, situaciones concretas de inseguridad y acciones estatales de control social por medio de la fuerza policial.

Caldeira (2000: 21) relaciona la segregación socio-espacial con el origen de “discursos de miedo”, la (des)integración social, y con políticas y acciones policiales violatorias de los derechos humanos. El punto de encuentro entre esa construcción mediática y la estigmatización que vive La Carpio y su población puede concretarse en lo que Lechner (2006: 400-401) llama el horror hacia la ausencia de futuro:

En la alta visibilidad otorgada a la criminalidad veo el intento de objetivar el horror inconfesable, proyectándolo sobre una minoría y así confirmar la fe en el orden existente [...] Visto así, el miedo explícito a la delincuencia no es más que un modo inofensivo de concebir y expresar otros miedos silenciados: miedo no solo a la muerte y a la miseria, sino también y probablemente ante todo miedo a una vida sin sentido, despojada de raíces, desprovista de futuro.

La exposición repetitiva a noticias de criminalidad y al “amarillismo” mediático configura en la sociedad la imagen de La Carpio como una comunidad conflictiva y peligrosa. La credibilidad que gozan los medios de comunicación, especialmente los televisivos, está relacionada con la capacidad de las imágenes que se transmiten y que brindan a las audiencias la posibilidad de sentirse en el lugar de los hechos: “Con ello la posibilidad de distinguir la realidad real y la mediática se vuelve muy problemática” (Fonseca/Sandoval 2006: 19).

Algunos ejemplos de los titulares y contenidos de las noticias que señalan a La Carpio como un lugar peligroso son: “Violento zafarrancho en La Carpio: GASES, BALAZOS Y PEDRADAS DEJAN 150 PERSONAS HERIDAS” (*Diario La Extra* 1 junio 2004, mayúsculas en el original); “Vecinos de La Carpio atacaron a la policía con armas de fuego hechas con tubos de cañería” (*Telenoticias* 2 junio 2004); “Balazos, piedras y caos en La Carpio” (*Telenoticias* 31 mayo 2004); “Para el OIJ [Organismo de Investigación Judicial], en nuestro país se han detectado algunos lugares en donde podrían asentarse las maras. Uno de ellos es el precario La Carpio, en La Uruca. Allí se presentan con regularidad hechos violentos. Además, hay un muy alto índice de extranjeros y se conoce que allí viven varias pandillas” (*Telenoticias* 10 junio 2004).

Las y los habitantes de La Carpio plantean que “afuera” se maneja una imagen discriminante de ésta, que la describe como un lugar “peligroso”, que “no vale nada”, “un hueco hediondo” en el que viven: “precaristas”, “cochinos”, “delincuentes”, “marginados”, “la clase más baja”, “animales”, “nicas ladrones” y “nicas muertos de hambre”. Así, las personas reconocen que “les tiene asco” y “temor”, como lo comenta Alejandro: “[...] nosotros llegábamos [a reuniones], nos daban platillos y cosas de esas, me decía [un compañero] a mí, ‘sabe que a mí me asquea esto, yo siento que después de que nosotros salimos de esas reuniones ellos botan los platos y los quemán seguro del asco que nos tienen [...]’”.<sup>1</sup>

En las construcciones imaginarias que se tienen sobre La Carpio es frecuente el uso de calificativos ligados a una posición baja, inferior y despreciativa, además, se utilizan vocablos que se refieren a contaminación y suciedad. Sobresale en el imaginario externo a la comunidad la relación directa que se establece entre marginalidad, pobreza, delincuencia, suciedad y personas nicaragüenses. Estas alusiones, que establecen una separación entre La Carpio y el resto del país, remiten a la segregación residencial y simbólica que es vivida por las personas de la comunidad. Desde fuera de la comunidad se piensa que allí habita gente “diferente” y en condiciones distintas a las del “resto” de la población en Costa Rica.

Las y los habitantes de La Carpio intentan relativizar lo dicho sobre la comunidad, tal y como lo indica una joven, Reyna “[...] de todo lo que dicen de La Carpio, unas cosas son ciertas pero otras mentiras [...]”. Asimismo, se esfuerzan por tomar una distancia reflexiva del discurso criminalizante; Katery, una estudiante de la escuela reconoce la existencia de inseguridad, a la vez que se separa de las imágenes criminalizantes: “Ciertos problemas como basura pleitos, asaltos, describen la Carpio como un lugar donde abunda la gente mala pero nos dejan fuera a las personas que nos interesa la seguridad de los demás”. Ella logra reconocerse más allá de los discursos criminalizantes difundidos por los medios de comunicación; se trata de una situación poco frecuente que guarda relación con el modo en que Susan, una joven, se posiciona sobre las imágenes que se han creado de la comunidad: “[...] La Carpio no es un lugar como dicen muchas personas, es cierto que hay delincuencia, pero eso ya se ve en todas partes no sólo aquí, también mis compañeros dicen que la carpio es un pulguero y que no desearían vivir ahí, yo les digo que es mentira y que por lo menos tengo un hogar y una familia que me quiere”.

---

<sup>1</sup> Las citas de las redacciones y las entrevistas que aparecen en este artículo respetan la forma en que fueron escritas y narradas.

Por otra parte, algunas personas también perciben cómo el estigma pesa en las intervenciones estatales, principalmente a nivel policial como lo indica don Mario cuando se refiere a la redada que realizó la Dirección General de Migración y Extranjería en el 2004:

[...] Yo creo que los jefes de seguridad pública, creo que reconocieron lo que fue un perfecto abuso, es cierto que somos extranjeros pero no todos somos delincuentes y el hecho de ser extranjeros, implica derechos, verdá, no estamos quebrantando la ley, pero sí es importante que lo hagan o más consecutivo o más esencialmente porque se debe hacer una redada, porque nosotros también tenemos inseguridad ciudadana con eso de los chapulines... si usted viera mi techo, ahí usted viera la cantidad de piedras.<sup>2</sup>

En lo dicho por don Mario se plantea un contraste, pues por una parte, se demanda la acción policial, pero por otra, reconoce el carácter abusivo de la acción. Si bien la imagen estigmatizada sobre la comunidad atribuye la inseguridad del país a ésta, este vecino pone en evidencia la propia inseguridad que viven las personas en la comunidad, lo cual plantea que dicha situación se experimenta en diferentes esferas. Además, él avanza un tema de enorme importancia sobre todo en el contexto de la nueva ley de migración aprobada en el año 2006, y es cómo pensar los derechos de las poblaciones migrantes; “ser extranjeros no quiere decir que estemos quebrantando la ley”. Esto por cuanto ser extranjero, con o sin documentos, en ocasiones, se asume como ilegalidad y, en consecuencia, se percibe a la persona como criminal.

Doña Patricia, una vecina de La Carpio que participó en un grupo focal en el año 2004, elaboró una síntesis del papel que juegan los medios de comunicación en la configuración de las imágenes negativas sobre la comunidad:

[...] Los periodistas nos han marginado sin saber que aquí hay mucha gente trabajadora que vive y sale de sus casas de madrugada buscando el pan de cada día, ticos, nicaragüenses y de todas las nacionalidades que hay aquí. Eso es lo que deberían de sacar a la luz para que no seamos tan tachados cuando vamos a las clínicas, cuando vamos a la calle o cuando [...] nos encontramos con [gente con] costo decimos somos de La Carpio y yo soy una persona que a mí no me importa decirle a quien sea que vivo en la comunidad de La Carpio (VV. AA. 2004: 51).

De esta manera, doña Patricia confirma que esas imágenes tan difundidas por los medios de comunicación inciden en su vida cotidiana, pues dan lugar a señalamiento y burla, los cuales se traducen en vergüenza. Pero lo dicho por ella muestra que el poder del discurso de los medios es también criticado y resistido a partir de la experiencia comunal.

#### 4. Las experiencias de la inseguridad

El tema de la (in)seguridad es una de las preocupaciones de las personas en La Carpio. Robos, asaltos, homicidios, violencia intrafamiliar, drogas, violencia policial son mencionados por vecinos y vecinas en sus redacciones.

---

<sup>2</sup> “Chapulines” es el nombre más utilizado para etiquetar a las personas jóvenes, niñas y niños que trabajan y/o viven en la calle. La figura de “los chapulines” tuvo una difusión masiva por parte de los medios de comunicación durante la década de 1990, hasta instaurarse en el imaginario social para identificar al ejecutor de acciones consideradas violentas o fuera de la ley.

Como se apunta en la Introducción, la historia de La Carpio ha estado cruzada por una serie de actos de violencia que han afectado a los vecinos y vecinas del lugar, especialmente durante el año 2004. De esos eventos, el lanzamiento de bombas lacrimógenas es recordado con especial dolor y angustia por niños y niñas de la comunidad, como Jelsi, quien escribió: “[...] tiraban muchas piedras y había mucho humo [...] Yo me sentí muy mal, y hubiera deseado que eso no pasara aquí en La Carpio, menos vivir aquí en la Carpio”. Carlos, otro niño, recordó, “Un día lunes del 2004 los de la Cueva del Sapo y los demás pandilleros se pelearon con la policía, ese día mi padre me dijo que iba a venir temprano y los chapulines y la policía se estaban agarrando, los chapulines les estaban tirando piedras y los policías les tiraban gases lacrimógenos, al siguiente día habían policías por todos lados en todas las paradas [...]”.

En estos ejemplos, los eventos del 2004 se recuerdan en términos de acciones criminales; esto no sorprende, pues corresponde al modo utilizado con frecuencia por los medios de comunicación para dar cuenta de las acciones colectivas. El recuerdo de los niños y las niñas sobre dichos eventos se elabora en términos de un ataque de “pandillas” hacia la policía; sin duda hubo jóvenes que lanzaron piedras, pero reducir el evento a un “asunto de pandillas” muestra la ausencia de otras categorías para nombrar la historia colectiva en las narrativas infantiles.

Las interpretaciones de las personas adultas y jóvenes sobre los eventos del 2004 nos brindan otros elementos para analizar lo ocurrido: promesas incumplidas, desacuerdos organizacionales, manipulación a la población y de los recursos comunitarios para obtener beneficios particulares; estas situaciones originaron protestas y movilizaciones que fueron interrumpidas por la policía con el lanzamiento de bombas lacrimógenas. En respuesta, algunos jóvenes empezaron a arrojar piedras, y son estos sectores los que posteriormente fueron identificados como “pandillas”. Uno de los líderes comunales, don Pedro Pablo, es recordado por las imágenes que circularon en la televisión y la prensa en las que aparece siendo agredido por la policía mientras sangraba su cuerpo (Fleming 2005). Tres días después fue convocado a una reunión en la Defensoría de los Habitantes en donde fue detenido.

La construcción mediática de los discursos sobre la violencia y la inseguridad le asignó un sentido a los eventos que contribuyó erróneamente a consolidar la imagen estereotipada de La Carpio como una comunidad “peligrosa”, “revoltosa” y “quebrantadora del orden”. Este caso confirma que “[...] la violencia y la delincuencia sólo se vuelven reales cuando la sociedad las percibe, las denomina, las clasifica y las reconoce (como reales)” (Huhn/Oettler/Peetz 2006: 20); con ello se legitimó el empleo de la violencia con los fines del mantenimiento del orden, en un lugar donde se reconocieron como “reales” los discursos y acciones sobre la inseguridad.

En el material analizado, pudo notarse que son los “chapulines”, “bandas” y “pandillas” los actores colectivos a quienes se responsabiliza de la inseguridad en la comunidad; ellos (con frecuencia imaginados como hombres jóvenes) aparecen como sujetos desconocidos que se dedican a delinquir y a ocasionar problemas al resto de personas del lugar, por lo tanto, son representados con una serie de situaciones negativas: violencia, asaltos, adicciones, marginalidad, improductividad, delincuencia, vagancia, peligro, entre otros.

Es probable que la palabra “pandillas” sea el medio más cercano del cual echar mano para nombrar la presencia de jóvenes en las calles; asimismo, puede estar relacionada

con la imagen transmitida por los medios de comunicación sobre la comunidad y que, debido a la frecuente mención de las “pandillas”, se asume su existencia, permitiendo la clasificación de los jóvenes en miembros o no de las mismas, cuando sus realidades son mucho más diversas. Esta situación no exime el reconocimiento de jóvenes que consumen drogas prohibidas y que delinquen o de otros que se reúnen, lo que no implica que sean grupos que sistemáticamente perpetran ultrajes, ni que toda agrupación juvenil constituya una “pandilla”. Si se asume que al menos dos rasgos de las pandillas son constituir agrupaciones jerarquizadas y referidas a un cierto territorio, podría decirse que en La Carpio, al menos después del 2003, no hay pandillas.

Estos discursos sobre “chapulines”, “bandas” o “pandillas” depositan en la población joven características negativas que pueden ser fácilmente generalizables; en este sentido, ser joven, de un barrio con condiciones de empobrecimiento, desempleado y frecuentar las esquinas u otros espacios públicos de la comunidad, suele convertirse en signo de alerta a partir de la naturalización de los jóvenes como “peligrosos” y “enemigos” de la seguridad ciudadana. Así, tanto en La Carpio como en el resto del país, desde enfoques religiosos o políticos, se les identifica como autores y perpetradores de la violencia, atribuyéndoles exclusivamente las responsabilidades de la situación social propia del deterioro de la vida pública. Cuando se trata de discursos elaborados “fuera” de la comunidad acerca de ésta, los actores de la violencia suelen verse como colectivos, mientras que desde “dentro”, las acciones descritas son perpetradas por sujetos individuales. Así, la imagen de la “pandilla” y los “chapulines” parece cumplir la función de personificar el peligro en la comunidad.

Surge, entonces, la paradoja de que mientras “desde fuera” se imagina a comunidades como La Carpio atravesadas y divididas por criterios de nacionalidad, “desde dentro” la principal distinción se establece entre los jóvenes que “alteran el orden”, se apoderan del espacio público y generan inseguridad, y el resto de la comunidad. Esta tendencia también ha sido observada y documentada en otros países, por ejemplo en las barriadas obreras francesas o en comunidades afroamericanas de los Estados Unidos (Wacquant 2001), donde los jóvenes son señalados por la población adulta como los responsables de la inseguridad y el vandalismo y, por lo tanto, como los culpables del deterioro y la degradación del barrio. En este contexto los jóvenes son considerados como un grupo aparte de las demás categorías sociales. Estas denuncias pueden estar relacionadas con la importante presencia de jóvenes en las barriadas y con su permanencia en las calles y espacios públicos disponibles, que generalmente son escasos y muy disputados, situación que es interpretada por los demás como la pérdida de un bien colectivo que es tomado para los fines propios de los jóvenes (Wacquant 2001: 148-149). En el caso de La Carpio, no extraña que los jóvenes sean un grupo muy visible, pues el porcentaje de población menor de 12 años se aproxima al 37 por ciento (PEN 2005) y existen muy pocos espacios para el deporte y la recreación.

### *Matices y ausencias en las narrativas*

Pese a la legitimidad de los discursos criminalizantes, no todas las personas en la comunidad, reproducen estas imágenes. Por ejemplo, Dayana, una niña, elabora una explicación sobre la existencia de “chapulines” en La Carpio: “Esos chapulines no son



personas malas sino que lo que pasa, es que ellos han tenido cosas muy duras [que] pasar, pobreza o violaciones o cosas más peor. Yo le ablo a algunos y ellos son buenos asen aparentar ser malos pero no, ellos lo que quieren es llamar la atención [...]”. Para Dayana, muchas personas delinquen como resultado de las limitantes condiciones socioeconómicas que han sufrido a lo largo de sus vidas y, además, plantea lo importante que es la “apariencia” en términos de obtención de respeto y notoriedad en el contexto comunal. La apariencia es una estrategia utilizada por algunos grupos de jóvenes para afirmar su presencia y ser visibilizados en un lugar, lo cual facilita la construcción de sus identidades.

Juan, joven de la comunidad que alguna vez formó parte de un grupo que él denomina “pandilla”, también comenta su vivencia en torno a la imagen que predomina de las personas jóvenes:

En los ocho años que tengo de vivir en Carpio, he visto que la gente cada vez se ha vuelto más intolerante hacia los jóvenes que andan en pandillas, en barras, en todo ese asunto. Ya la gente está harta de que la vivan asaltando, yo creo que no hay un hogar en Carpio que no haiga sufrido un asalto o no sepa de que asaltaron a un familiar, eso es mucho decir. No hay un hogar en Carpio que no sepa quiénes asaltan en el lugar en que ellos están, no hay un sólo hogar en Carpio que no sepa dónde venden droga. Producto de esa intolerancia, la gente ya no quiere quedarse cruzada de brazos, la gente se ha ido por el lado de comprar armas de fuego, entre más grueso calibre, mejor para ellos, creen que van a frenar la violencia con más violencia, obviamente están equivocados, ya se ha visto que los asaltantes intentan asaltar a alguien y el que se intenta defender con un arma de fuego lo han matado, incluso con la misma arma que él sacó, se ha visto sonados casos de eso.

La legitimación del uso de la violencia ante la inseguridad es una situación que Juan denuncia en su comunidad, y que trasciende al resto del país; es en nombre de la “seguridad” de las y los ciudadanos que diariamente se cometen actos de violencia en contra de quienes resultan “amenazantes” para dicha seguridad; se piden leyes más duras, castigos más eficaces, penas de cárcel más prolongadas, acciones policiales más efectivas. Sin embargo, la sensación de inseguridad no disminuye, más bien continua creciendo ante el pánico generado por los discursos que circulan sobre la violencia y la inseguridad en el país. Juan denuncia que las situaciones de violencia no se resuelven con más violencia, más bien siguen siendo las personas social y económicamente más vulnerables las señaladas y maltratadas.

No obstante, pese al predominio de imágenes de inseguridad, algunas personas matizaron estas imágenes. Un modo de relativizarlas es distinguir entre el día y el peligro durante la noche. Como lo comenta Silvana, una niña, en su redacción: “Costa Rica considera que el barrio más peligroso es La Carpio, pero no es así, tal vez es peligroso en la noche pero en el día no lo es tanto”; entonces, se asume el argumento negativo, pero a la vez se le ubica en un momento particular del día, de esta manera la noche es planteada como la ocasión de mayor vulnerabilidad en la vida cotidiana, por la sensación de peligro y miedo que para algunas personas conlleva la oscuridad.

Las menciones a la noche como peligrosa tienen una importante relación con la comparación que se hace entre los inicios de la comunidad y la actualidad, basándose principalmente en la ausencia del servicio de electricidad. Jennifer, una niña, relata que al inicio de la comunidad: “[...] no había ni agua ni luz, por las noches todo era tinieblas [...]

pero eso se acabó cuando instalaron el agua y después la luz [...] entonces las tinieblas desaparecieron [...]”. No tener electricidad, hacía de las noches un momento temido para quienes regresaban de sus trabajos y para quienes asistían a la escuela o el colegio nocturno.

Por último, si bien en las redacciones y entrevistas el tema de la inseguridad ocupa un lugar prominente, poco se dice de la violencia intrafamiliar. Las estadísticas policiales concluyen que ésta es uno de los problemas más atendidos por la Policía de Proximidad. En el caso de La Carpio, en el año 2003, la violencia intrafamiliar constituyó el primer motivo de aprehensión, con un 30,6 por ciento de los casos. Le siguen delitos contra la propiedad con un 13,6 por ciento y las contravenciones contra las personas con un 13,4 por ciento (Campos 2006: 44-45).

Pese a que la violencia intrafamiliar es el primer motivo de aprehensión, son escasas las referencias en las redacciones y las entrevistas. Suele ocurrir que la violencia de la “calle” se visibiliza más que la violencia de la “casa” (PNUD 2005). Esta baja frecuencia de aparición de situaciones de violencia intrafamiliar puede asociarse con la dificultad y el temor de hablar sobre este tipo de situaciones, o bien con la “naturalización” de esta forma de violencia.

Las referencias a la violencia intrafamiliar no pueden interpretarse tampoco como una forma de criminalizar la comunidad. El desafío parece ser cómo reconocer que efectivamente hay violencia sin que ello implique avalar una cierta perspectiva ecológica que sugeriría que la privación de espacio dentro y fuera de las viviendas desencadena violencia.

## 5. Subjetivización de los discursos y la experiencia vivida

Las personas incorporan en su subjetividad la inseguridad dentro de la comunidad y particularmente los eventos del año 2004. En las narraciones se utilizan diferentes calificativos para referirse a lo ocurrido en ese año: “algo terrible”, “algo muy triste”, “fue lo más horrible”, “algo pesado fue ese día”, “fue un desastre”. Llama la atención la recurrente utilización de la denominación “algo”, lo cual indicaría la dificultad para nombrar lo ocurrido; sin embargo, el recuerdo más frecuente de los eventos de ese año es el lanzamiento de las bombas lacrimógenas por parte de la policía.

De este evento, las personas expresan en reiteradas ocasiones el miedo que sintieron, y que vivieron la situación como un peligro extremo para sus vidas, las de sus familiares y las de otras personas cercanas. Expresiones en las que se menciona la palabra muerte son más comunes para describir el lanzamiento de bombas que para referirse a las situaciones de inseguridad y delincuencia. Marcela, una niña, escribió una de las redacciones que mejor recoge la experiencia del miedo:

Era 2004, 3:30 de la tarde yo estaba de visita donde mi hermano. Cuando pusimos las noticias vimos que había huelga en la segunda parada por las escrituras de las casas. Al rato escuchamos unos vecinos que decían ‘están tirando gases lacrimógenos’, en ese momento nos fuimos para el cuarto de mi hermano, nos pusimos pañitos con agua, pusimos el abanico y cerramos muy bien la casa. Ya no aguantábamos más y de tanto miedo nos dormimos en la cama.

El sueño fue el modo de aplacar el miedo, dice Marcela. El dormir mitiga la ansiedad y el temor generados por la situación. En este caso como en muchos otros, se menciona la asfixia como la experiencia más impactante. El no poder respirar, sentir que se estaban quemando y que les faltaba el aire fue la vivencia más dura para las personas de todas las edades y de las diferentes zonas de La Carpio. Aquí es necesario apuntar que las marcas subjetivas generadas por la situación no sólo se manifestaron en una serie de sentimientos, sino también en lo más elemental, el cuerpo. Este punto se retomará más adelante.

Las personas adultas, tanto en las redacciones como en las entrevistas, expresan una condensación de sentimientos relacionados con los acontecimientos del 2004: desorientación, desesperación, miedo, dolor y sufrimiento ante la represión policial suscitada. Una forma de comprender el gran impacto que tuvo el lanzamiento de bombas lacrimógenas es escuchando a Teresa y Alborada, mujeres adultas y nicaragüenses, quienes afirman que nunca habían vivido algo semejante: “Yo le voy a decir, soy de Nicaragua, ha habido guerras allá, pero nunca había vivido lo que viví aquí. Fue algo terrible que en mi vida, yo nunca había sabido qué eran esas bombas lagrimógenas”. Alborada coincide en esta valoración: “Es más, en Nicaragua yo jamás, con guerra y con todo, nunca supe lo que era el sabor de una bomba lacrimógena, y aquí sí la vine a sentir...”. Aunque el lanzamiento de bombas lacrimógenas y la guerra en Nicaragua no son comparables, el miedo y la cercanía con la represión policial hicieron que ellas rememorasen los dolorosos años de violencia y conflicto armado en Nicaragua, asociando aquellos hechos del pasado, con la vivencia y el sufrimiento del presente.

El sufrimiento, como se mencionó, es un elemento común en las narraciones; éste es un término empleado a menudo para nombrar el significado del dolor (Wilkinson 2005: 25), tanto en el plano individual como en el plano colectivo. El lanzamiento de bombas lacrimógenas en 2004 parece ser una especie de síntesis de experiencias difíciles, en las que se combina el dolor y el temor constante ante un posible desalojo, activados por acciones de este tipo efectuadas en comunidades semejantes. Las bombas y las detenciones posteriores condensaron pero al mismo tiempo exacerbaban estas experiencias de sufrimiento. Juan recordó los antecedentes que condujeron a estas protestas y el modo de actuar de la policía:

Cuando se iba a abrir el relleno nos prometieron buenas calles, que no iba a oler mal las calles, ni el relleno, ni iban a haber moscas ni nada por el estilo; de lo que prometieron han hecho muy poco, por no decir que nada, pero en lo que corresponde a arreglar calles, las calles son una porquería, no hay trabajos comunales, la plata que EBI prometió para mejoras de la ciudadela, los dirigentes junto con los de EBI hacen sus chorizos y nunca se ve la plata. Se hizo una huelga una vez, por reclamar esos derechos [...] ese día la ley empezó a tirar bombas lacrimógenas, por donde le dio la gana y sobre casas, sobre calles, no importaba si eran niños, y ahí se vio la magnitud de la represión que se vivía hasta el momento. Yo conozco un montón de jóvenes que los agarraron sin tener nada que ver con el asunto, sólo porque son jóvenes, porque son de La Carpio.

Juan se lamenta del incumplimiento de las promesas y de la criminalización de los jóvenes. Pero no sólo habla del dolor, sino también de la humillación y del enojo que causó la arbitrariedad de la intervención policial: no les importó afectar a una de las poblaciones más vulnerables. Es importante enfatizar en los sentimientos de enojo o rabia generados por las experiencias de discriminación y violencia estructural; en el

material, el enojo y la rabia parecen tener dos salidas: una es la descarga de estos sentimientos hacia otras personas, tal y como lo señaló Franz Fanon (1965); otra, es la transformación de este enojo y rabia en demandas de reconocimiento de los aspectos positivos de la comunidad y sus habitantes.

Como ha podido apreciarse, los eventos del 2004, pero especialmente la protesta, seguida de la intervención policial es vivenciada por las personas como una experiencia traumática, en tanto deja una huella en la memoria colectiva. En este caso podemos hablar de un trauma psicosocial, ya que este evento específico dejó huellas de sufrimiento e incertidumbre sobre la integridad física y psicológica de la población.

La recurrente alusión a la muerte para describir el lanzamiento de gases lacrimógenos puede asociarse con el carácter traumático del evento, ya que las situaciones en las cuales la integridad física está en peligro provocan un aumento en las ansiedades y fantasías de muerte: se piensa que la muerte está cerca y es inevitable, por ello estas situaciones marcan una pauta en las vidas y las cotidianidades de las personas. En este sentido, se debe destacar que muchas de las personas sentían que se morían en ese momento a causa de las dificultades respiratorias provocadas por las bombas: el no poder respirar es el ejemplo más claro de esta sensación. Como se mencionó antes, en el cuerpo de las personas se registraron una serie de sensaciones destacándose las de peligro extremo. El “no poder respirar” podría utilizarse como símbolo de la asfixia, la desesperación y la dificultad para hablar cuando las situaciones exteriores son tan adversas y, al mismo tiempo, de la vivencia de la estigmatización sin posibilidad de contestación.

### *De la vergüenza al reconocimiento*

Los eventos acaecidos en el 2004 sin duda pueden ser interpretados como formas concretas y exacerbadas en las cuales se manifestaron los procesos de discriminación y estigmatización que han experimentado los y las habitantes de La Carpio. Sin embargo, existen otras formas más sutiles y cotidianas en las que dichos procesos se develan. Como ya se ha mencionado, para algunas personas ser habitantes de La Carpio es sinónimo de vergüenza, sufrimiento y humillación. En las entrevistas surgen imágenes en las que la vergüenza aparece. Rebeca y León Grinberg (1996: 122) sostienen que la vergüenza:

[...] refiere específicamente a la situación de estar expuesto y consciente de ser mirado. Uno siente que es visto no estando en las condiciones en que hubiera deseado ser visto. Es ser consciente, a través del otro, de la propia incompletud, desnudez, imperfección. Aquel que está avergonzado quiere forzar al mundo a que no lo mire, a que no se dé cuenta de su estado, y siente inmensa rabia por no poder lograrlo.

Por ejemplo, Alejandro recuerda: “[...] ¿sabe qué era lo que me llenaba de tristeza? Ver que viniera mi familia aquí y no había nada, nada pero nada y juepucha [...]”. Más adelante combina la sensación de sentirse observado por su familia, con una experiencia de estigmatización construida por un noticiero de televisión. “Una vez me sacaron un reportaje, salí yo con otra muchacha, la secretaria, donde éramos vendedores de drogas. Una vez cuando empezamos el proyecto de las casitas sacaron un reportaje [...] y me

sacó mi casa, me sacó mi persona en Telenoticias [el principal noticiero de televisión del país], donde nosotros éramos los zopilotes de la vivienda [personas que lucran con proyectos populares de vivienda], toda esa clase de ataques”. Como dirigente, Alejandro vivió también la experiencia, si se quiere más institucional, de ser descalificado por un funcionario público:

Yo supe lo que fue llegar a [la Compañía Nacional de] Fuerza y Luz y que [...] dijera, ‘deje pasar a ese hijueputa’ y yo oírlo, porque el guarda estaba tan preocupado porque yo insistía en entrar y yo quería hablar con él, en ese momento me dice el guarda, hable usted y en lo que yo le agarré el teléfono él [...] dijo: ‘dejá pasar ese hijueputa’ y yo oírlo, nosotros no estábamos haciendo nada malo, los proyectos que hicimos fueron buenos, nosotros ayudamos mucha gente aquí, tuvimos esa sensibilidad [...].

Sentirse humillado es la sensación que suele producir la vergüenza y podría ser un modo de sintetizar la experiencia vivida por Alejandro en los tres casos que recordó. Éstos corresponden a distintos espacios sociales: la familia, la televisión y una institución pública, respectivamente; en los tres la vergüenza se refiere a una demanda de reconocimiento por otros en contextos específicos. En los tres casos, la sensación de humillación expresa degradación moral. La vergüenza es una expresión subjetiva de la política, pues se refiere al modo en que se vive el poder (Sayer 2005: 153).

Humillación es un término clave que se repite con frecuencia en las entrevistas. Sayer (2005: 161) sostiene que la humillación no es la simple atribución de deficiencia a un individuo o un grupo, sino la afirmación pública de dicha inferioridad. En el caso de Alejandro la humillación se da cuando se trasmite un reportaje en su contra en uno de los canales de televisión más vistos en el país; la atribución a una supuesta falta de honestidad y de compromiso con la comunidad se hizo pública. Asimismo, narra que se sintió humillado cuando un empleado de una institución pública le llamó “hijueputa”, un término que en el medio costarricense es una de las formas más fuertes de descalificar y humillar a las personas.

Para contestar a la discriminación y estigmatización algunas personas ocultan o mienten sobre el lugar en el que viven, sobre todo al solicitar matrícula en instituciones educativas o al buscar empleo.

Algunas personas explican por qué se da dicha situación. Juan, reflexionando sobre las condiciones de vida en La Carpio, concluye que es la pobreza la que “...ha empujado a la gente a vivir ahí y que son las políticas económicas que hacen al pobre más pobre y al rico más rico” y que es en este contexto donde emerge la humillación:

Cuando yo llegué a Carpio, tuve sentimientos de humillación [...] al llegar a Carpio fue como llegar de un barrio tranquilo, un barrio bonito, a llegar a un precario donde sólo hay latas, o sea, fue humillante para mí, para mis amigos. Ahora yo no siento vergüenza de decir que vivo en Carpio, he superado eso, con todo y los prejuicios que la gente tiene sobre el lugar, no, o sea, no me interesa lo que piensen, pero yo pasé años, cuatro, cinco, seis años de que yo no decía que vivía en Carpio para que no me juzgaran por el lugar. Si yo decía me llamo fulano de tal, me juzgaban por lo que yo era, pero si yo decía que vivía en Carpio ya me trataban distinto, entonces, el llegar a Carpio, en lo personal, fue un sentimiento de humillación. Después, rencor, hacia la sociedad, hacia la ley, y después, sentí amor, amor por mi señora, por mi hijo, por mi familia y por Dios, que sin la ayuda de Dios no hubiera llegado a ningún lado.

De lo dicho por Juan se puede concluir que en los imaginarios sociales está afianzada la premisa de que un determinado espacio corresponde a o crea una serie de características identitarias y comportamientos. El espacio se naturaliza y se despoja de su carácter social y con ello, se esencializa a grupos y personas. En ese sentido, Juan siente la necesidad de enfatizar en la distinción entre él y su residencia, pues reconoce que lo que se dice de él como persona cambia cuando se sabe que vive en La Carpio; este deseo de demarcarse con respecto al espacio donde habita parece ser un intento de expiar la vergüenza que le producía este lugar. Le llevó años reconocer en público dónde reside. En segundo lugar, él apunta que ese sentimiento de vergüenza se traduciría en rencor hacia la sociedad y hacia la autoridad y, a su vez, se expresaba en las acciones que cometía con grupos de jóvenes que él llama pandillas, tal como se menciona en páginas anteriores. En un tercer momento, el acercarse a una experiencia religiosa, constituir una familia y ser papá le hace transformar el rencor por amor. De esta manera él contesta al estereotipo que atribuye características a las personas por el lugar del que proceden e ilustra cómo el asumirse como parte de grupos religiosos, familiares o juveniles otorgan reconocimiento.

El deseo y la demanda de reconocimiento son vías para reivindicar a la comunidad y sus habitantes ante los sentimientos de vergüenza y humillación. Sin embargo, es difícil que las personas, tanto a nivel interno como externo, registren los grandes esfuerzos por conseguir e instalar los servicios públicos y las luchas cotidianas como fuentes de reconocimiento y orgullo. Asimismo, se torna difícil encontrar instituciones, rituales o relaciones interpersonales que permitan un sostén para enorgullecerse, principalmente teniendo en cuenta el enorme peso de las imágenes, discursos y estigmas transmitidos por los medios de comunicación.

## 6. Reflexiones finales

Es importante dimensionar el impacto de los eventos ocurridos en 2004 en La Carpio, pues aunque la cobertura de los medios de comunicación fue exhaustiva, también fue selectiva y nunca se hizo referencia a las huellas psíquicas que las intervenciones policiales dejaron en las personas de la comunidad. Para muchas de ellas, 2004 se traduce en humillación, dolor y vergüenza, sentimientos que dificultan de manera importante la elaboración de narrativas, distintas a las de la inseguridad, para expresar sus experiencias de vida en La Carpio.

Los operativos policiales mencionados parecen responder a una necesidad de legitimidad policial, pues se acompañan de una cobertura mediática que exalta la posición interventora de la policía, dando realce a la “preocupación por combatir el crimen”, lo que tiende a criminalizar aún más a la comunidad. Tanto el argumento policial como el discurso de los sucesos en los medios de comunicación sobre la actuación policial reproducen la ideología que sostiene que dada la existencia de “desorden” se impone la restitución del “orden” mediante la utilización de cualquier recurso aunque la represión sea desproporcionada, tal y como fue narrado por las personas de la comunidad.

Queda claro que la seguridad no es, en lo fundamental, un asunto policíaco. Más bien, al realizar detenciones masivas y lanzar bombas lacrimógenas en La Carpio fue puesta en riesgo la vida de las personas, y se exacerbó el rechazo y la estigmatización hacia la comunidad.

Ante la ausencia de reconocimiento y la exaltación de los estigmas construidos sobre La Carpio, el discurso de la inseguridad se hace presente tanto en las narrativas de las y los vecinos como en las de los medios de comunicación y del resto del país. Constituye el referente desde el cual mirarse y ser mirado. Es desde allí que se ha establecido una relación entre la sociedad costarricense y la comunidad, mediada por la estigmatización, de forma que la “autopercepción a través del estigma elaborado por otros tiende a generar autorechazo” (Fonseca/Sandoval 2006: 31) y, a la vez, impide o dificulta el rescate de los aspectos positivos de la comunidad y su historia en miras a acciones colectivas.

Como se aprecia en el análisis, en las construcciones imaginarias y en el discurso sobre la inseguridad desde “fuera” de la comunidad se identifica a La Carpio con un lugar “peligroso”, “bajo” y “contaminado”. Estos atributos también son usados para rechazar a la comunidad por la presencia de migrantes nicaragüenses, recurriendo a la racialización. Las ideas sobre marginalidad se combinan con las de ilegalidad y criminalidad. Ese discurso hace una construcción colectiva de los actores de la violencia sosteniendo la existencia de “pandillas” y criminalizando a la población joven, que es vista como un sector problemático.

Cabe mencionar que el discurso sobre la inseguridad no puede concebirse como una narrativa homogénea, pues no existe una única manera de sentir y contestar la inseguridad; ésta se reconoce y se rechaza, se asume y se contesta, se vive y se proyecta. La vivencia de las personas con respecto a la inseguridad está cruzada por una serie de experiencias personales y comunales que permiten diversos marcos de referencia para otorgar sentido y significación a los acontecimientos del entorno.

Los traumas experimentados por la comunidad y las marcas en su historia han dificultado la construcción de imágenes y narrativas en las que predomine el orgullo antes que la vergüenza.

Mauricio Gaborit (2006) plantea que el dolor proveniente de la experiencia puede, y debe ser, generador de una memoria conjunta (memoria histórica que, a diferencia de la colectiva, tiene intencionalidad), que rescate las experiencias de las personas que escapan de la historia oficial. El mismo autor plantea que hablar del dolor que generaron las experiencias es fundamental “[...] para reparar el tejido social rasgado por la violencia” (2006: 1). Por eso, era notorio en muchos de los materiales que, por ejemplo, los niños y las niñas de la comunidad han vivido más de lo que pueden poner en palabras. Sobresale, entonces, la importancia de los espacios para que las personas de La Carpio puedan resignificar y elaborar las experiencias dolorosas y difíciles vividas como comunidad, ya que estos “lugares de la memoria” (Pierre Nora 1984) no han sido trabajados a nivel colectivo.

Además, Gaborit (2005) señala que el apropiarse del dolor y saber que otras personas lo experimentaron (y experimentan) ayuda a fortalecer los vínculos entre las mismas, aumentando el sentido de pertenencia y de comunidad; por tanto, los espacios de reflexión que puedan ser establecidos para hablar y recordar estos hechos son centrales. El poder construir narrativas que contesten las imágenes, representaciones y valoraciones que sustentan las historias oficiales, que den lugar a los sentimientos relegados y a las vivencias de las personas, contribuiría al reconocimiento comunal y la reconstrucción de una memoria colectiva. Asimismo, se genera un respaldo al planteamiento de propuestas de la comunidad para actuar sobre su realidad, ante su propia inseguridad pero, sobre todo, para resistir y contestar a las violencias estructural, mediática y simbólica.

En síntesis, La Carpio es un lugar geográfico, pero sobre todo simbólico, en donde la sociedad costarricense “desecha” aquello que no quiere reconocer como suyo. Es altamente significativo que contiguo a La Carpio esté situado el depósito de basura más importante del Área Metropolitana. A ello se suma la idea de que en la comunidad solo viven nicaragüenses, que si bien no corresponde con las cifras que diferentes estudios han mostrado, dicha imagen, más que referida o fundamentada en criterios demográficos o estadísticos, lo que evidencia es que la imagen pública de la comunidad se asocia con lo rechazado, lo excluido, lo no deseado. Así, tanto en el plano material como humano, el significado subyacente es el mismo; La Carpio es lo que se desea expulsar. Es, por decirlo así, una especie de “frontera interna” en el imaginario de nación costarricense. Es un modo de salir de la nación sin salir del país.

## Bibliografía

- Auyero, Javier (2001): “Introducción. Claves para pensar la marginación”. En: Wacquant, Loic: *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*. Buenos Aires: Manantial, pp. 9-31.
- Caldeira, Teresa (2000): *City of Walls. Crime, Segregation, and Citizenship in Sao Paulo*. Berkeley: University of California Press.
- Campos, Rodrigo (2006): “Incidencia del medio social y físico sobre las infracciones a las leyes nacionales en La Carpio durante 2002-2004”. Tesis de licenciatura en Sociología, Universidad de Costa Rica.
- Davis, Mike (2006): *Planet of Slums*. London: Verso.
- Diario La Extra* (2004, 1 junio): “Violento zafarrancho en La Carpio: GASES, BALAZOS Y PEDRADAS DEJAN 150 PERSONAS HERIDAS”. En: <<http://www.diarioextra.com/2004/junio/01/sucesos04.shtml>> (25/8/2006).
- Edelman, Marc (2005): *Campesinos contra la globalización. Movimientos sociales rurales en Costa Rica*. San José: Universidad de Costa Rica.
- Fanon, Franz (1965): *Los condenados de la tierra*. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Fleming, Julia (2005): *NICA/raguense*. Collagemedia. Costa Rica. 60’
- Fonseca, Karina (2004): “La Carpio: Notas rojas y voces claras”. En: *Envío* 273, pp. 31-36.
- Fonseca, Karina/Sandoval, Carlos (2006): “Medios de comunicación e (in)seguridad ciudadana en Costa Rica”. En: *Serie Cuadernos de Desarrollo Humano* N° 3. San José: Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD).
- Gaborit, Mauricio (2005): “‘Memoria dolida’. Entrevista por Pedro Lipcovich”. En: <[www.pagina12.com.ar/diario/psicologia](http://www.pagina12.com.ar/diario/psicologia)> (10/10/2006).
- (2006): “Un paso esencial hacia la reconciliación”. En: <<http://indh.pnud.org.co>> (10/10/2006).
- Glynn, Kevin (2000): *Tabloidculture*. Durhan: Duke University Press.
- Grimson, Alejandro (2005): “Nuevas xenofobias, nuevas políticas étnicas en Argentina”. Paper delivered at the Seminar Migración Intrafronteriza en América Central. Perspectivas Regionales. Central American Population Center, University of Costa Rica, February.
- Grinberg, León/Grinberg, Rebeca (1996): *Migración y exilio. Estudio psicoanalítico*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Huhn, Sebastian/Oettler, Anika/Peetz, Peter (2006): “Construyendo Inseguridades Aproximaciones a la violencia en Centroamérica desde el análisis del discurso”. En: *German Institute of Global and Area Studies GIGA/Leibniz-Institut für Globale und Regionale Studien. Alemania* Nov., N° 34. <<http://ideas.repec.org/p/gig/wpaper/34.html>> (10/03/2007).



- Langer, John (1998): *Tabloid Television: Popular journalism and the "others news"*. London: Routledge.
- Lechner, Norbert (2006): *Obras escogidas 1*. Santiago de Chile: LOM editores.
- Ministerio de Vivienda y Asentamientos Humanos (MIVAH) (2006): "GEO Gran Área Metropolitana del Valle Central de Costa Rica: perspectivas del medio ambiente urbano 2006". En: <<http://www.ucr.ac.cr/documentos/GEOGAMCR2006.pdf>> (02/06/2007).
- Murji, Karim/John Solomos (2005): "Racialization in Theory and Practice". En: Murji, K./Solomos, J. (eds.): *Racialization. Studies in Theory and Practice*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Nora, Pierre (comp.) (1984): *Les Lieux de mémoire*. Paris: Gallimard.
- Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) (2005): *Informe de Desarrollo Humano*. San José: PNUD.
- Programa Estado de la Nación (PEN) (2005): *Estado de la Nación en Desarrollo Humano Sostenible: X Aniversario*. San José: Proyecto Estado de la Nación.
- Programa Estado de la Nación (PEN) (2006): "Duodécimo informe del estado de la nación en desarrollo humano sostenible. Resumen del capítulo 4: armonía con la naturaleza". En: <<http://www.estadonacion.or.cr/Info2006/prensa/04-Armonia-naturaleza.pdf>> (02/06/2007).
- Rey, Germán (2005): "El cuerpo del delito". Centro de Competencia en Comunicación para América Latina. Colombia.
- Robinson, William (2003): *Transnational Conflicts. Central America. Social Change, and Globalization*. London: Verso.
- (2004). *A Theory of Global Capitalism. Production, Class, and State in a Transnational World*. Baltimore: John Hopkins University Press.
- Salas, Minor/Solano, Franklin (1992): "Segregación urbana en el área metropolitana de San José: el caso de los nuevos asentamientos urbanos 1980-1990". Tesis de licenciatura en Sociología. Universidad de Costa Rica.
- Sayer, Andrew (2005): *The Moral Significance of Class*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Telenoticias* (2004, 31 mayo): "Balazos, piedras y caos en La Carpio". En: <<http://www.teletica.com/archivo/tn7/nac/2004/05/31/carpio.htm>> (10/7/2007).
- (2004, 2 junio): "Vecinos de La Carpio atacaron a la policía con armas de fuego hechas con tubos de cañería". En: <<http://www.teletica.com/archivo/tn7/nac/2004/06/02/armas.htm>> (10/7/2007).
- (2004, 10 junio): "La amenaza de las maras. ¿Por qué Costa Rica es un blanco de las maras?" En: <<http://www.teletica.com/archivo/tn7/nac/2004/06/10/maras.htm>> (10/7/2007).
- VV. AA (2004): *Voces de La Carpio*. San José: MeriendayZapatos.
- Wacquant, Loic (2000): *Cárceles de la miseria*. Buenos Aires: Manantial.
- (2001): *Parias Urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*. Buenos Aires: Manantial.
- Wilkinson, Ian (2005): *Suffering. A sociological introduction*. Cambridge: Polity.